

¿Avanzando hacia nuevos rumbos?:

**La educación como baluarte del progreso nacional
desde la obra de José Donoso, “El Obsceno Pájaro
de la Noche”**

Daniela Ignacia Tapia

Tanto el contenido de este documento como su redacción son de exclusiva responsabilidad del autor, Expansiva se limita solo a ofrecer un medio para su difusión.

Introducción

“La educación, más que cualquier otro recurso de origen humano, es el gran igualador de las condiciones del hombre, el volante de la maquinaria social”

Horacio Mann

La educación es la única forma de ascenso social en una sociedad tan estratificada como la chilena.

En la obra de José Donoso, “El Obsceno Pájaro de la Noche”, el Mudito o Humberto Peñalosa personifica las ansias que posee la clase media de ocupar un papel substancial en el concierto social y diferenciarse de la clase alta por la influencia y dominio del conocimiento y, junto con ello, provocar las evoluciones necesarias para la reivindicación de la justicia social. Al contrario, Jerónimo de Azcoitía marca una separación concluyente respecto a esta nueva concepción de mundo, en tanto, se destaca por la posesión de tierras/riquezas y representa el ocaso de la autoridad, carente de mentes preclaras e incapaces de inspirar metas lúcidas para el perfeccionamiento del país.

Pero, ¿cómo y en qué circunstancias la educación se constituye en el vehículo más efectivo para el ascenso social y el desarrollo del país?

Desarrollo

Por de pronto, el fenómeno de la educación irrumpió con fuerza entre las décadas del '20 y el '50, ya que se requerían cambios profundos en todas las áreas de la organización social para conducir los nuevos destinos del país. La expansión de las ciudades, el desarrollo urbano y la racionalización de las actividades productivas, impulsaron la formulación de políticas destinadas a la creación de bases culturales, científicas, sociales y económicas propias para otorgar un sentido de identidad al país.

En este contexto, emergió un estrato social clave para la consolidación del sendero del Chile naciente: la clase media. Este grupo social surgió como la fracción fundamental del país, puesto que asumió la responsabilidad histórica de diseñar un proyecto político en torno a la instrucción y la profesionalización de las prácticas intelectuales.

En efecto, la clase media promovió la relevancia de la educación como principal fuente de movilidad social y como herramienta significativa para materializar sus fundamentos aspiracionales de constituirse en el motor de progreso del país, lo que se reflejó en el crecimiento del aparato estatal, debido a los altos cargos que desempeñaron los miembros de esta clase. A juicio de José Bengoa, “la generación del 27, los estudiantes fundadores

de la FECH, casi todos ellos migrantes de provincia o del exterior – De María, Neruda, Gómez Rojas y tantos otros – inauguraron el modelo intelectual, la propiedad mesocrática de la cultura y la educación como única vía cierta de ascenso social”¹.

La educación generó un quiebre en el sistema político y social, ya que determinó el eclipse de la élite oligárquica terrateniente decimonónica, la cual garantizaba su prestigio social gracias a su procedencia tradicionalista.

Bajo este escenario, la clase media elaboró los lineamientos primordiales respecto a la introducción del patrón industrializador, cuyo emblema se sustentó en el organismo de la CORFO (Corporación de Fomento de la Producción), creado en 1939, como una clara señal del predominio dado a los avances técnicos.

Se potenció una institucionalidad económica en función de la diversificación de la producción nacional, lo que implicó un fomento explícito y sistemático al rol empresarial del Estado y a los requerimientos técnico-administrativos de la época a través de la planificación global². En otras palabras, se estimuló la ampliación de los mercados y la factibilidad de la inversión de capitales para fortalecer la obtención de oportunidades sociales y, de paso, favorecer la modernización del país.

A pesar de que la clase media modeló su comportamiento según la pauta de las propias elites, Sol Serrano señala que la escolaridad representó un fuerte capital como agente protagónico en la democratización de la sociedad, por cuanto se instauró como referente privilegiado de los procesos de conocimiento, prefigurando los espacios y horizontes de sentido vinculados al pensamiento mesocrático presente en esos años³. El eje dinamizador radicaría, precisamente, en la estabilidad económica y el auge desarrollista conducido por el principio vector de la educación.

A mediados del siglo XX, la sociedad chilena experimentó un giro radical en su devenir, en tanto, el saber y el aumento de la capacidad de consumo se articularon como los ejes centrales del ejercicio del poder. La clase media se definió como la depositaria de las nuevas virtudes que debían gobernar el país.

De cara a los nuevos desafíos que se debían enfrentar, en torno a la operacionalización de la educación como viga maestra de la orientación social, el Presidente de la República de aquella época, Pedro Aguirre Cerda, planteó el establecimiento de la Facultad de Comercio y Economía Industrial de la Universidad de Chile como baluarte máximo para

¹ Bengoa, José. *La comunidad perdida. Ensayos sobre identidad y cultura: los desafíos de la modernización en Chile*. Editorial SUR, Santiago, 1996, p. 64.

² Ver Ortega, Luis et.al. *CORFO, 50 años de realizaciones, 1938-1988*. Corporación de Fomento de la Producción, Santiago, 1988.

³ Ver Serrano, Sol. *Rol histórico de los intelectuales en Chile*. Editorial SUR, Propositiones, N° 24, Santiago, 1994.

formar individuos capaces de responder al marco industrializador que se estaba llevando a cabo. Así, se concretó el lema del Gobierno: “Gobernar es educar” como la estructuración social angular para insertarnos a las redes del desarrollo y a la apertura intelectual⁴.

El nuevo Chile debía poseer una imagen acorde con las modificaciones en marcha, donde se considerara a la educación como columna vertebral de la superación de la pobreza y el mayor dispositivo de integración social. En una sociedad pujante y que estaba despertando de las dramáticas consecuencias que trajo consigo la debacle de la Depresión del '29, resultaba imperativo centrar el discurso del desarrollo nacional en la valorización de la educación como elemento reforzador del proyecto país.

Ésta debía formularse como puente de cohesión social que permitiese la trascendencia de las diversas manifestaciones en el campo artístico, científico y social a través de un flujo comunicativo rico en la interacción de experiencias ancladas en el conocimiento.

Era urgente desprenderse de la dependencia externa que moldeaba al país en un entorno de vulnerabilidades y, por consiguiente, se debía forjar una plataforma sólida basada en el recurso educativo para comprender la complejidad de las tendencias mundiales, legitimar las realizaciones en los ámbitos más numerosos del quehacer humano y estrechar lazos mediante la flexibilidad de las relaciones sociales al amparo de la sabiduría y su núcleo en la Universidad de Chile. Empero, el factor que desencadenó el creciente interés de la clase media por configurarse como actor crucial, culto y partícipe de los cambios sociales fue la vida política como mecanismo predilecto para contribuir a la conformación del tejido público y delinear una ciudadanía fuerte con injerencia en los asuntos gubernamentales.

Parafraseando a Paul Horton, una de las funciones demarcatorias de la educación está ligada con alentar la participación democrática mediante la enseñanza de las habilidades verbales e involucrar a los sujetos en los tópicos de la nación⁵. Ahora bien, tal concepto se insertó en nuestro país a través de la expresión de ideas y la germinación de un consenso social cimentado en el enaltecimiento de la intelectualidad como ente que posibilita la unión o encuentro entre las clases sociales.

En palabras de José Joaquín Brunner, la educación permite la adquisición de competencias para la vida y el desarrollo de capacidades cognitivas que apunten hacia el accionar productivo, integral y consciente en aras del país⁶. Y esto es, justamente, lo que la clase media comprendió a cabalidad para considerar a la educación como el medio más factible de alcanzar la justicia social e incubar en las capas más empobrecidas, la

⁴ Ver Aylwin, Mariana et.al. *Chile en el siglo XX*. Editorial Planeta, Santiago, 1990, p.184.

⁵ Ver Horton, Paul. *Sociología*. Editorial McGraw-Hill, Santiago, 1990, p.315.

⁶ Brunner, José Joaquín. *La importancia de la educación y su futuro*, en brunner.cl, 2006.

esperanza y expectativas creíbles de mejorar sus condiciones de vida a través de la educación o, más bien, producir una alteración cualitativa en la jerarquización social.

Ante este cuadro sociocultural y económico, ¿qué pretendía el Mudio cuando enarbolaba la bandera de la inclusión y trataba de suprimir sus frustraciones, miedos y sueños por realizar? Acaso, ¿no plasmaba su anhelo de conquistar la admiración de los otros mediante el cultivo de sus virtudes, superando la barrera de la exclusión? ¿qué puertas podía abrir si se apoderaba de la llave maestra de la educación para gestar y ser intérprete de las grandes reformas generadas a nivel social? Sus ambiciones de ocupar un lugar apreciable en el ambiente social, lo motivaban a concebir su superioridad en términos de potenciar sus facultades intelectuales y juicios de comprensión.

Convengamos en algo básico: el Mudio quería ser un causante de los notables acontecimientos que se estaban desencadenando en todos los planos sociales a través de su sapiencia, borrar la vergüenza de ser un “don nadie” y ocultar la humillación que le producía ser el sirviente de don Jerónimo de Azcoitia, un terrateniente que conservaba su status social gracias a la impronta tradicionalista, pero que estaba desprovisto de solidez intelectual. Esta necesidad de construirse un futuro prominente se la transmite a su padre cuando le señala: “Sí, papá, sí se puede, cómo no, se lo prometo, le juro que voy a ser alguien, que en vez de este triste rostro sin facciones de los Peñaloza voy a adquirir una máscara magnífica, un rostro grande, luminoso, sonriente, definido, que nadie deje de admirar”⁷. Tal aseveración le permitía soñar a partir de otras perspectivas de vida y, a su vez, despojarse de su marca ausente y falta de resonancia.

La educación, entonces, posibilitaba la renovación de su vida y su engrandecimiento como un individuo que podía determinar sus proyectos personales a través del bien preciado del conocimiento. Pues, demostrar ser alguien en la vida implicaba poseer un signo de prestigio y también de que era posible pertenecer a la respetada esfera de la intelectualidad calificada para transformar a la sociedad. El Mudio simbolizaba estas aspiraciones de un segmento que deseaba tener presencia fruto de la educación, experimentar la movilidad social a raíz del poder innegable que encarnaba el conocimiento y estampar la diferencia respecto de una aristocracia agonizante que sólo justificaba su dominio en torno a sus orígenes tradicionalistas y riqueza de cuna.

El Mudio lo expresa claramente: “¿quién sabe si perteneciendo a la Clase Media – pronunciaba esas palabras con una reverencia sólo menor a la reverencia con que pronunciaba la palabra caballero – pudiera llegar a ser algo semejante? Abogado, por ejemplo, notario o algo así, o juez. Y pasar a la política. Era cosa sabida que muchos jóvenes como yo, carentes de relaciones, dinero, parentescos y presencia, jóvenes de origen tan desconocido como el mío y con apellidos casi, casi tan ridículos como el mío, se habían afirmado en la política para saltar la barrera y llegar a ser alguien, huyendo del limbo poblado por los que carecen de facciones”⁸. Desde este punto de vista, comprendía

⁷ Donoso, José. *El obsceno pájaro de la noche*. Editorial Alfaguara, Santiago, 2003, p.99.

⁸ *Ibid*, p.101.

el alcance gravitante que poseía la clase media en el desarrollo del país a través de la excelencia de las diversas manifestaciones intelectuales humanas y el peso de la educación en el devenir de la nación. Era posible diferenciarse, de forma valorativa, de la clase aristocrática con el poder que da el conocimiento y constituirse en un actor social a través de la toma decisiones en la actividad política.

Asimismo, la esperanza de anular el mito respecto al oportunismo de esta clase social como un foco arribista y envidioso que intenta semejarse a la clase más pudiente, radica en el baluarte de la educación. El retrato más patente de esta situación se manifiesta en la novela de Eduardo Barrios, “Gran Señor y Rajadiablos”, donde una galería de personajes “de medio pelo” rodea al protagonista, el gallardo y aristocrático, José Pedro Valverde Aldana, y se estatuye como un verdadero canto a la supuesta “antigua nobleza”⁹.

No obstante, la clase media logró su cometido principal: asentar los pilares esenciales para el crecimiento del país, en tanto, trazó el imaginario cultural que respondía al ideal de la movilidad social gracias al mérito y acervo educativo. Los ex Presidentes Arturo Alessandri, Juan Antonio Ríos, Pedro Aguirre Cerda, (pertenecientes a la clase media) entre otros., dan cuenta que la vía más factible que garantiza tanto el desarrollo personal de los individuos como la movilidad social, es la educación. El Mudito deseaba ingresar a los códigos de la cultura y aportar a la sociedad otorgando sus conocimientos para ser reconocido. Más aún: mantenía la convicción de que a través de la educación era posible ascender socialmente, desgajar la infranqueable barrera de la rígida estratificación social y abandonar la miseria en la que estaba inmersa su familia. Todo esto debido a la relevancia que se le estaba imprimiendo a la educación como variable cardinal para el desarrollo del país.

Conclusiones

El panorama no ha experimentado grandes variaciones a lo largo de la historia. Hoy por hoy, la educación sigue siendo un instrumento principal para la erradicación de la pobreza, puesto que las masas cifran expectativas respecto a que la educación es el arma por antonomasia para avanzar en la escala social. Como enfatiza Manuel Antonio Garretón, “la panacea de la educación ha reemplazado hoy al capital, al poder y a la situación internacional, a veces cargando de promesas la utopía educativa: viga maestra del desarrollo, herramienta principal de la superación de la pobreza, factor central en la equidad e igualdad sociales, acceso privilegiado a los “códigos de la modernidad”¹⁰.

⁹ Ver Barrios, Eduardo. *Gran señor y rajadiablos*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 2000.

¹⁰ Garretón, Manuel Antonio et.al. *El espacio cultural latinoamericano: Bases para una política cultural de integración*. Fondo de Cultura Económica, Santiago, 2003, p. 103.

El sueño de la clase media por insertar a Chile en el mapa del bienestar social y la prosperidad cultural se ha prolongado en el tiempo, ya que la instrucción cognitiva continúa siendo una pieza estratégica para la formación de un capital humano de excelencia para las labores productivas y, sobre todo, para generar la movilidad social en un país que se caracteriza por la distancia entre las clases sociales. Prueba de ello, es que “el 45% de los alumnos matriculados en el año 2006 en las universidades tradicionales pertenece a hogares con ingresos mensuales inferiores a \$ 278.000 mensuales”¹¹. Dato no menor, ya que confirma el hecho de que la educación es el recurso más viable para ascender socialmente y mejorar la calidad de vida. Pues, como propone la destacada intelectual, Beatriz Sarlo, “la escuela distribuye saberes y destrezas que los pobres sólo pueden adquirir en ella”¹².

Tal como postula el gran educador, Horacio Mann, la educación es el volante de la maquinaria social, puesto que es el igualador de las condiciones del género humano, en un escenario, donde predominan las diferencias sociales y la competencia. En este sentido, el Muddito se transporta en el curso de la historia, encarnando las ambiciones de un Chile actual que desea tomar nuevos rumbos. Es imperativo que la educación se potencie en aras de cumplir con la meta de la equidad social y el progreso cultural, económico, político y social del país. Sólo así nuestro estandarte de lucha para presenciar el Bicentenario, ya no estará carcomido por ironías y paradojas irresolubles.

Bibliografía

- Aylwin, Mariana et.al. *Chile en el siglo XX*. Editorial Planeta, Santiago, 1990.
- Barrios, Eduardo. *Gran señor y rajadiablos*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 2000.
- Bengoa, José. *La comunidad perdida. Ensayos sobre identidad y cultura: los desafíos de la modernización en Chile*. Editorial SUR Colección Estudios Sociales, Santiago, 1996.
- Brunner, José Joaquín. *La importancia de la educación y su futuro*, en brunner.cl, 2006.
- Donoso, José. *El obsceno pájaro de la noche*. Editorial Alfaguara, Santiago, 2003.
- Garretón, Manuel Antonio et.al. *El espacio cultural latinoamericano: Bases para una política cultural de integración*. Fondo de Cultura Económica, Santiago, 2003.

¹¹ Ramos, Carmen Gloria. “El sorprendente y desconocido ascenso social en el Chile de hoy” en La Tercera. Santiago, octubre de 2006.

¹² Sarlo, Beatriz. “Culturas populares, viejas y nuevas” en Escenas de la vida posmoderna, Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina. Editorial Ariel, Buenos Aires, 2001, p. 122.

- Horton, Paul. *Sociología*. Editorial McGraw-Hill, Santiago, 1990.
- Ortega, Luis et.al. *CORFO, 50 años de realizaciones, 1938-1988*. Corporación de Fomento de la Producción, Santiago, 1988.
- Ramos, Carmen Gloria. “*El sorprendente y desconocido ascenso social en el Chile de hoy*” en La Tercera. Santiago, octubre de 2006.
- Sarlo, Beatriz. “*Culturas populares, viejas y nuevas*” en Escenas de la vida posmoderna, Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina. Editorial Ariel, Buenos Aires, 2001.
- Serrano, Sol. *Rol histórico de los intelectuales en Chile*. Editorial SUR, Propositiones, N° 24, Santiago, 1994.

Autora

Daniela Ignacia Tapia Sáez

Estudiante tesista de Periodismo, Universidad de Santiago de Chile. Periodista de la Dirección General de Graduados Universidad de Santiago, unidad dependiente de la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo de esa casa de estudios.